

de amor. Mirad con qué avidéz impetuosa se hace el niño al pecho de su madre: con afán semejante acerquémonos á la comunión; peguemos nuestros labios á la riquísima copa de sangre fresca y viva, aspiremos con ansia sin par las gracias del Espíritu Santo, y sea nuestra mayor congoja estar privados del celestial alimento. Lo que acaece en nuestros altares es lo mismo que pasó en el Cenáculo de Jerusalem: aparece el sacerdote, más Jesucristo es quien bendice y consagra. No se acerque, pues, ningún Judas, ningún avaro. Retírense los que no sean discípulos de Jesús; no se consienten á la mesa sino discípulos y amigos.

Los Apóstoles salieron después para ir al olivar: salgamos nosotros de la Cena para ir á los pobres, éstos son el verdadero olivar. Los pobres olivos plantados en la casa de Dios y que gotean el aceite que necesitamos. Las vírgenes necias se perdieron por no haberse provisto de aceite. Adquiramos ese aceite para ir con el cortejo del Esposo á la luz de nuestras lámparas. ¡No más haya corazón duro en

el que comulga, no más inhumanidad, no más alma mancillada por el pecado!

V.

LAS HERIDAS DE JESUCRISTO.

MEDITACION.

SE LE PREGUNTARÁ: ¿QUÉ SON ESAS HERIDAS?
Y ÉL RESPONDERÁ: SON LAS HERIDAS QUE
ME HAN HECHO EN LA CASA DE LOS QUE ME
AMABAN.

Estas heridas son las que más dolor le causan á Jesucristo, las que vienen de mano que fué amiga. Está hecho, puede decirse, á los malos tratamientos de sus enemigos y aparejado á las flajelaciones. Cuando el tropel de frenéticos que van á prenderle llega y pregunta por él, pronto está á responder: "*Yo soy.*" Pero cuando Pedro le niega, Judas contrata ó consume su venta y los Apóstoles se entregan á la pesadez del sueño mientras él agoniza, ó en presencia de los oprobios y pasión se ponen en vergonzosa fuga,

ma, le maniataron, le aporrecaron y

llega á su corazón el golpe supremo y la herida de las heridas. Oid cómo se queja: ¡Que mi enemigo me lance estas maldiciones y me hiera, bien le está, que mi enemigo es; pero que tú, contado entre mis príncipes, tú, mi familiar, que comes á mi mesa pan tan dulce y me acompañas en la casa del Señor, hayas hecho tal felonía, me llega al alma y me azota con los propios favores que te hice.”

Para venir en cuenta de lo mucho que al Señor lastiman las ingratitudes y deslealtades de los suyos, recurramos á una alegoría. Suponed que en tiempo en que abundaban los leprosos, que por temor de contagio eran alejados y confinados á los campos, un hombre generoso, abandonando su bienestar, riqueza y fausto se sacrificara por ellos al grado de buscar su compañía y consagrarse á su asistencia y consuelo. Si cuando todos huían de los leprosos y les era prohibido entrar en ciudades y poblados y hasta acercarse á la vera de los caminos para pedir limosna, y veíanse reducidos á vivir en barracas de madera muy lejos del trato y caridad de las gentes, aquel hombre fue-

se á ellos, ¡qué sacrificio el suyo! ¡cuán obligados no deberían estarle los solitarios enfermos! Aquel hombre iba á regalarlos con su trato y consuelos, á prodigarles pan y bálsamos que sustentasen sus fuerzas y mitigasen los ardores de su piel engajada y de su carne corroída. El les preparaba muelles lienzos eu que arroparlos y finos vendajes para ceñirlos; toleraba sus violencias y maltratos al tantear sus lacerías; y él, acostumbrado á las adornadas y opíparas mesas de los alcázares, comía con leprosos; y él, hecho á púrpuras y brocados, vestía de buen grado el sudario basto y despreciable, distintivo de aquellos infelices; y él, habituado á las finezas de la corte y al recreo de los sentidos amaba la hediondez y rudeza de sus nuevos amigos. Un día, en el exceso de su caridad, rasgó sus venas y transvasó su sangre noble y generosa á las venas de aquellos enfermos para regenerar su sangre descompuesta y envenenada. Después de esta última fineza sin ejemplo, los leprosos, conjurados y amotinados, dieron sobre su bienhechor, que dormía, le maniataron, le aporrearon y

abrieron anchas y profundas heridas, y en el colmo de su malicia le arrojaron al camino maltrecho y moribundo. ¿No sería esta acción horrible de decir y hasta de imaginar, horrible con las peores y más subidas tintas del horror? ¿Qué gente sensible no se estremece en todos sus miembros ante la imagen de esa inaudita y estremada fiereza de hombres que pagan los mayores beneficios con exquisitas é inhumanas crueldades?

Pues en ese pasaje está fiel aunque pálidamente relatada la historia de los hombres que después de la Comunión ofenden á Jesucristo. ¿No somos, por ventura, leprosos, y leprosos del alma, que por nuestros pecados fuimos expelidos de la amistad del Señor y alejados de la ciudad de Dios? ¿No colocó el Señor un querubín con espada de llamas á la puerta del Paraíso que nos vedara é impidiese el entrar? Consumidos por la lepra de la iniquidad vivíamos desterrados y asquerosos á los ángeles de Dios, y Jesucristo descendió á nosotros, depuso su gloria é infinita riqueza por venir á morar con nosotros y servirnos; trocó los esplen-

dores de su majestad y la bienandanza del cielo por nuestra vestidura de miseria tachonada de congojas; comió el duro pan de nuestro destierro, pan amasado con lágrimas; nos trajo alimento de vida y bálsamo de celestial salud; nos dió su propia sangre para rescate y nos regala con su carne y sangre en el Sacramento para infundirnos su vida. Y ¿qué halla en los más sino un hato de malvados sin corazón, que prevalidos de su sueño de mansedumbre le atan y aporrean para luego arrojarle fuera? Cuando después de haber traído á Jesucristo á nuestro ser por la recepción de la Eucaristía volvemos al pecado, no hacemos otra cosa que herir á Jesús en nosotros y echarle después del alma. Le herimos volviendo á desgarrar su ley, le echamos del alma porque damos cabida á su enemigo, la maldad. ¿Para esa villanía ibas, cristiano, con espíritu compungido y señales de fervor á recibirle la otra mañana? ¿Para eso? ¿Tanta perfidia cabe en entrañas de hombre, y de hombre que hace profesión de adorar la cruz, la cruz, que es ley de amor y sacrificio? Eres peor, sin duda,

que aquellos leprosos desalmados que al fin descargaban su ingratitud feroz sobre un mero hombre, mientras tú haces víctima de la negra felonía de tu corazón nada menos que al Maestro Divino. ¿Sabes ahora y reconoces cuáles son las heridas que Jesucristo muestra diciendo que las recibió en casa de los suyos? ¿Reconoces en ellas la huella de tu mano, y la reconoces amedrentado y con remordimiento, ó indiferente y tranquilo con la odiosa frialdad del criminal que tiene empedernido el corazón por su crimen?

II

¿Y qué hace Jesucristo después que le hemos herido? Las más veces no quiere irse aunque se le arroja, irse lejos, sino permanecer con el amoroso empeño de volver á entrar. Está *asechando por las celosías* por si ve indicios siquiera de inclinación al arrepentimiento para aprovecharse y mover al alma enferma á que le dé hospedaje de nuevo; está *mirando por las ventanas* por si nos ablanda y enternece su aspecto lastimero y vuelve á recobrar la amistad del que tiene lepra,

para sanarle. ¿No oíste muchas veces sus lamentos y las voces que da para mover tu necedad? ¿Qué has de oír! si entretenida con tus pasiones y gustos no atiendes más que á su ruido y zambra infernal y no te das momento de reposo ni tregua á tu disipación, ni piensas á solas con tu alma en el negocio de su salud: por eso no oyes la voz de Dios, que te llama y reconviene; ó si la oyes, como Samuel cuando era niño, no conoces que es voz de Dios, ni te cuidas de investigarlo. Voz suya es la del predicador, que porque puso el dedo en tu llaga más enconada, te pareció duro é impertinente; voz suya aquel pensamiento de penitencia que procuraste matar cuando nacía porque te parecía enojoso; voz suya la idea que se te puso de huir aquella mala ocasión ó de romper el nudo de aquella amistad peligrosa. ¿Qué más? Voz suya es la misma belleza de las criaturas que tú empleas en ofenderle y tomar por estímulos de pecado cuando son rasgos y bocetos suyos que él derramó aquí y allá para que viéndolos buscaras el original peregrino y hermosísimo de donde es-

5

*Y mandale á tu enemigo inextinguible.
Del lecho sal, levántate y camina.*

tán tomados. Sal, pues, de tu marasmo, escucha la voz de Jesús, á quien heriste tantas veces, y que destilando sangre para tu remedio espera que le abras tu voluntad. Espera en la obscuridad de la noche, noche de olvido con que le rodea el mundo. Su cuerpo tiritita del frío de la indiferencia que halla por donde quiera. Su cabello está escarchado por el sereno de la noche; ¡el rocío de tantas horas de humanos desprecios se ha congelado en su cabeza! ¡Abrele la entrada de tu corazón! Leproso, abre que es tu médico y amigo, aquel á quien tu crueldad desmedida hirió y arrojó poco há. No viene á tomar venganza, sino á hacer-te compañía y á curarte amoroso como en los pasados días de su generosidad.

III.

Pero algunas veces Jesucristo después de herido se aleja del hombre que le arrojó de sí. San Bernardo dice: *Temed á Jesús que pasa y no vuelve más.* Temed los ingratos esta venganza del amor. Cuando Jesucristo se ha cansado y magullado la mano de

tanto llamar á las puertas del corazón, natural es que se vaya, pues que la criatura se obstina en no dejar paso á su misericordia: *ya no le queda hostia por su pecado. Están sin Cristo, están sin Dios en este mundo,* dice el Apóstol. “¿Cuánto es de temer que Jesucristo pronuncie la palabra fatal! Dios tiene su hora en que espera el fruto deseado; si no le hay llegado la hora fulmina la triste sentencia, y el árbol, sin ser cortado se seca hasta la raíz; ésta es la condenación antes de la muerte. Se verá un árbol en pie, pero tiene la muerte en el corazón: *tienes nombre de vivo, pero estás muerto.* (1) Tal es el retirarse Jesús de los pecadores obstinados é impenitentes.

Retírase también de los tibios y los entrega á las tinieblas de su miseria para que prueben lo que valen sin él; pero él volverá si se le llama, si se le busca á tiempo, antes de perderle de vista, se le poseerá otra vez. Almas que habéis acribillado de heridas al Salvador después que ha ido á morar con vosotros por la Eucaristía, temed

1. Bossuet.

á Jesucristo, temed á Jesucristo que pasa y se va; buscadle cuanto antes, tenedle por la caridad y no le dejéis más.

ASPIRACIONES.

Señor, reconozco y pondero toda la fealdad de mi modo de vivir hasta aquí; veo su negrura y horror á la luz de tu caridad, y me avergüenzo de mi ingratitud que contrasta con tu fineza como un pedazo de harapo raído con el manto de un rey, como el crimen desalmado con la tímida inocencia. He comulgado tantas veces y te he hospedado en mi alma para echar-te de allí á la primera oportunidad como si fueses carga molesta. He pedí-dote el secreto de tu fortaleza y tú me lo has confiado dándoteme á comer, y después le he descubierto á tus enemigos, he cortado, como Dalila los bucles del fuerte Israel para venderte y entregarte á los que te odian. ¡Cuánta perfidia! Ya no más, Señor, de hoy en adelante no me olvidaré de tí, oraré y velaré para dar viento y avivar el fuego que he recibido en este Sacramento. A fuerza de oración

lograré con tu ayuda que dure tu imagen en la movediza arena de mi inconstancia á despecho de olas y vendavales.

Señor, por mí te cubriste de polvo y fatiga recorriendo llanuras y montes, ciudades y cortijos en Palestina; para esperarme, que buscaba agua en la tierra, te sentaste cansado junto al pozo de Sichar; por rescatarme padeciste todo ese cúmulo de dolores cuyo solo relato conmueve las peñas, y por rescatarme moriste en la cruz. Tanto trabajo, Jesús piadoso, no se ha perdido para mí.

Quærens me sedisti lassus,
Redemisti crucem passus:
Tantus labor non sit cassus.

LECTURA.

(De S. Cipriano.)

Considera de qué manera salen para los que recuerdan la Pasión de Cristo dentro de los sagrados oficios, torrentes de las fuentes interiores como por ciertos canales, y el alma se deleita en las lágrimas del néctar más que en todas las delicias, y cuánta suavidad y

*Y mandale á tu enemigo incoerente.
Del lecho sal, levántate y camina.*

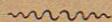
dulzura proporcionan al alma que busca donde está Dios los suspiros de la contemplación. No los derriban los vendabales de procelosa tempestad, hay un rocío matutino que destila del cielo como una unción del espíritu que acaricia el alma. La piedad excita aquellos gemidos, y contemplando el afecto de día y de noche, tanto delante como en pos de sí, da gracias al dador de tan insigne beneficio, y reconociéndose sanado y santificado, se lava con llanto y se bautiza con lágrimas. Mas aquellos que permanecen secos y áridos en su corazón y asisten sólo corporalmente á esos misterios, ó participan así del Cuerpo del Señor, lamen, sí, la piedra, pero no reconocen miel ni aceite: los que no se nutren con alguna dulzura de caridad ni con la grosura del Espíritu Santo, *ni se juzgan á sí mismos, ni discernen los Sacramentos*, sino que con irreverencia hacen uso de los dones sagrados como si fueran viandas ordinarias, y se introducen imprudentemente en el convite del Señor con sucio vestido, *á éstos les estaría mucho mejor que les ataran al cuello una muela de*

molino y los echaran al mar, que recibir con la conciencia manchada el bocado de la mano del Señor, el cual ahora también cría, santifica y bendice este su Cuerpo veracísimo y santísimo y le distribuye á los que le toman. En su presencia no en vano suplican las lágrimas el perdón, ni jamás sufre repulsa el holocausto del corazón contrito. Cuantas veces te considero suspirando en presencia del Señor, no duddo que el Espíritu Santo te está inspirando; cuando contemplo al que llora, siento al que perdona. Mas si violas el templo del Espíritu Santo, si ensucias y manchas dentro de ti el sagrario de Dios, si mezclas con el cáliz de Cristo el cáliz de los demonios, es ultraje, no religión; es ofensa, no devoción. Es una servidumbre idolátrica y una abominación horrible querer servir al mismo tiempo á Baal y á Cristo. Tú, el que te ocupas en amontonar riquezas, anda de ahí con tus sacos de oro; tú, que opulento en Sión, te entregas á la crápula, que duermes en el lecho de marfil y te recreas en estrados con argentería, que vistes muellemente y vives en tierra

*Y mandaté á tu enfermo incoerente:
Del lecho sal, levántate y camina.*

de regalados, cuyas manos están llenas de sangre, cuya cintura no está ceñida y andas desatado el cinturón, tú no tienes parte en esto, pero quitas á Dios lo que es suyo y consagras la imagen de Dios á un ídolo.

Considerando la gracia de Dios el que bebe el cáliz sagrado, tiene más sed, y elevando su deseo al Dios vivo, de tal manera es excitado por aquella hambre especial, que en lo sucesivo se horroriza de la pócima de hiel de los pecados, y todo el gusto de los deleites carnales le es como un vinagre áspero que roee el paladar. El pecador reintegrado, conseguida la pureza de su corazón é inclinada su cabeza, considerándose levantado ora y contempla á Dios frecuentemente y le devuelve el alma santificada como depósito guardado fielmente y se regocija con el Apóstol diciendo: *Ya no vivo yo, sino Cristo en mí.*



FLECHAS DE ORO.

ALEGORÍAS SACADAS

DEL

NUEVO TESTAMENTO

POR EL PBR.

Atenógenes Segale.

*Y mandate a tu enemigo que te odia.
Del lecho sal, levántate y camina.*